EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA DEL TIEMPO Y DEL GLOBO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 16, TOMO II.—LUNES 2 DE JUNIO DE 1845.
La redaccion está en la calle del Príncipe, núm. 10, cuarto entresuelo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía de fray Luis de Leon, por D. José Amador de los Rios.—Recuerdos de viaje, por don Manuel Cañete (artículo segundo).—El hijo de la Mar (novela), por D. Tomas Rodriguez Rubí.—Episodio de Francesca di Rimini (poesía), traducido del Dante, por el general D. Juan de la Pezuela.—Sucesos contemporáneos.

FRAY LUIS DE LEON (1).

Entre los grandes poetas líricos que ilustraron el nombre español en el siglo de oro de nuestra literatura, ocupa indudablemente uno de los puestos mas distinguidos el virtuoso agustino cuyo nombre hemos puesto al frente de estas líneas.--Sus obras que tanto en sus formas como en su esencia se apartaron en gran manera de las producciones de los poetas que le habian precedido, revelando la dulzura y mansedumbre su alma, pueden, en nuestro concepto, presentarse como una brillante excepcion del amaneramiento que habia caracterizado desde un principio á la poesía *docta*. Garcilaso, Mendoza, Montemayor y los demas innovadores que habian cultivado antes que él las musas castellanas, ora llevados del espíritu de imitacion, ora porque no se sintieron con fuerzas suficientes para revelar en sus producciones el carácter de su época, se habian consagrado esclusivamente al género bucólico, desentendiéndose del siglo en que vivian.--Mientras el nieto de Isabel la Católica llevaba sus triunfantes pendones de una á otra parte de Europa, difundiendo el terror por donde quiera; mientras las armas españolas se abrian paso por medio de mares desconocidos, para sujetar al imperio castellano un nuevo mundo, introduciendo en las artes, en las ciencias y aun en las letras una revolucion de inaudita trascendencia, Boscan y Garcilaso asi como Montemayor y Mendoza, guerreros todos esforzados, rodeaban á sus sienes el mirto de los zagales y mentian en sus delicados versos el desvarío de un amor sin límites, hijo al parecer de la mas afeminada ternura.--Los cantos de estos vates que solo respiraban felicidad campestre, que solo podian convenir á una sociedad primitiva, no estaban, pues, de acuerdo con los belicosos tiempos en que florecieron, ni llenaban todas las condiciones impuestas á las obras del genio.—Así es que cuando se ha intentado por algunos críticos distinguidos juzgar la España de Cárlos V por las creaciones de estos insignes innovadores, solo se ha conseguido formar un cuadro imperfecto de nuestra cultura, cayendo al par en errores que hubieran debido evitarse á toda costa.—Otros escritores, sin embargo, pretendiendo explicar contradiccion tan importante, han atribuido el desvío con que miraron Garcilaso y Mendoza cuanto les rodeaba en la vida, al disgusto que producian en ellos los espectáculos sangrientos de las batallas.—Pero esta manera de explicar las causas que crearon tan extraño fenómeno no puede en manera alguna satisfacernos.—Garcilaso y Boscan se habian propuesto llevar á cabo una revolucion en las formas de la poesía castellana: los modelos que adoptaron no eran suficientes para darles á conocer otro camino que el que siguieron, al dar cima á tan árduo pensamiento, y asi fué que seducidos por la belleza de las formas, ni aun echaron de ver el terreno en que se habian colocado.

Fray Luis de Leon, mas independiente ó mas inspirado, no se cuidó de dar á sus producciones aquella afectada elegancia, que tanto rendimiento prestaba á los pastores de sus contemporáneos: su corazon está en sus obras.—En ellas se encuentra el religioso, que despreciaba las vanidades del mundo, que hallaba su único recreo en las contemplaciones morales y que no experimentó jamas odio ni desprecio hácia los demas hombres, por humildes ó malvados.--Sus inspiraciones eran por esta causa altamente religiosas: la soledad le exaltaba: el misterio era su mas favorito elemento.—Fray Luis de Leon ha sido por estas razones mucho mas popular que los demas poetas que le precedieron, si bien no ha tenido tantos imitadores, porque la poesía de Fray Luis de Leon no puede ser imitada tan fácilmente.

Nació, pues, nuestro célebre poeta en Granada por los años de 1527, y fueron sus padres D. Lope Ponce de Leon y Doña Inés de Varela, vástagos ambos de ilustres familias.—Dedicáronle desde su primera edad al estudio de las letras; y al paso que desplegaba un talento prodigioso, descubria tambien una inclinacion tan decidida por el retiro, que no pudo menos de llamar sériamente la atencion de sus padres, quienes trataron de apartarle del propósito que en todos sus actos y conversaciones revelaba.--Pero de nada sirvieron los consejos de D. Lope ni los cuidados de la cariñosa Doña Inés: apenas habia cumplido diez y seis años, cuando tomó el hábito de san Agustin en Salamanca, donde se hallaba prosiguiendo sus estudios, y un año despues, en 29 de enero de 1544, pronunció el solemne voto que le separaba para siempre del mundo.-Fray Luis de Leon, en medio del claustro y en una época en que la intolerancia religiosa era el norte de todos los estudios, de todas las discusiones, desplegó en aquel retiro las alas de su ingenio, y sin participar del sombrío fanatismo que caracterizaba á la muchedumbre de sus compañeros, supo mantener su alma pura, encontrando todo su placer en las meditaciones filosóficas. Sus estudios y su saber le granjearon bien presto la amistad de los mas señalados ingenios, que estudiaban á la sazon en Salamanca: Benito Arias Montano, Sanchez Brocense, Juan de Grial, Francisco de Salinas y otros muchos que honraban las letras con sus grandes conocimientos, acudian á la celda del poeta granadino para consultar con él sus escritos, y todos hallaban en Fray Luis sinceridad y buen juicio, sin que asomase jamás á sus labios la lisonja.—Habia adquirido ya la borla de doctor en teología, en cuya ciencia se habia manifestado mas de una vez profundo, cuando el claustro de profesores de tan sabia Academia le confirió la cátedra de aquella

(1) La lámina de esta biografía se ha roto al entrar en prensa el periódico.

facultad, tal vez la mas importante en unos tiempos en que todo lo resolvian los teólogos, sometiéndose á su deliberacion hasta las mas árduas cuestiones políticas.—Los escritos publicados por Fray Luis en aquella época solo eran teológicos: la admiracion de los inteligentes habia sido el premio de sus desvelos.

En los momentos en que se veia libre de tan pesadas tareas, recogiéndose á las contemplaciones ascéticas, Fray Luis de Leon sentia arder en sus venas un fuego consolador que le arrebataba en alas de su brillante fantasía: Fray Luis de Leon era poeta: tomaba la pluma y entonaba aquellos cantos salidos del corazon, como una lluvia misteriosa que venia á inundar su rostro de un placer indefinible.—«Se me cayeron co»mo de entre las manos estas obrecillas, á las cuales »me apliqué mas por inclinacion de mi estrella que »por juicio ó voluntad», escribia en el prólogo de sus poesías dirigido á D. Pedro Portocarrero, uno de sús mejores amigos.—La espontaneidad, la ternura, la sensibilidad mas esquisita eran las dotes que caracterizaban aquellas canciones dirigidas siempre á bendecir las obras del Hacedor supremo, aquellos himnos de eterna alabanza que se exhalaban de su pecho como el incienso del santuario.—Sus poesías eran sencillas como su corazon, puras como su alma.—En medio de los triunfos que continuamente adquiria el vate granadino le aguardaban, sin embargo, los dias de la prueba y de la amargura.

Invitado por un amigo suyo que no conocia el hebreo, tradujo Fray Luis *El cantar de los cantares*, contraviniendo de esta manera las leyes de la Inquisicion que prohibian bajo las mas severas penas el traducir ninguno de los libros de la Biblia, sin su especial permiso.—El amigo de Leon, arrebatado de entusiasmo á vista de la obra de éste, ó tal vez algo indiscreto, la manifestó á otros; la Inquisicion supo en breve que se habian quebrantado sus mandatos y el insigne vate granadino se vió hundido en un calabozo, en donde vivió por el espacio de cinco años, separado de sus queridos amigos y en medio de las mayores privaciones.—Las tinieblas de las cárceles del Santo-Oficio no pudieron apagar sin embargo la antorcha de su genio: escudado en su inocencia, no temia la saña de sus perseguidores; el infortunio fué para él una ocasion mas en que despreciar las vanidades mundanas, levantando al compás de sus cadenas la dulce voz con que mitigaba siempre sus pesares.—Allí entonó aquella cancion llena de melancolía y de sentimiento, que principia:

Vírgen, que el sol mas pura,
gloria de los mortales, luz del cielo,
en quien es la piedad como la alteza,
los ojos vuelve al suelo
y mira un miserable en cárcel dura
cercado de tinieblas y tristeza;
y si mayor bajeza
no conoce ni igual juicio humano
que el estado en que estoy por culpa ajena,
con poderosa mano
quiebra, reina del cielo, la cadena.

Allí compuso la exposicion latina de los *Cantares* y del *salmo XXVI* y allí finalmente escribió casi todas sus poesías místicas y los *Nombres de Cristo*, obra tenida en grande aprecio tanto por la pureza del lenguaje, como por las sublimes máximas en que abunda.—Cualquiera diria que Fray Luis de Leon en medio de su desgracia habia deseado alguna vez la venganza contra sus enemigos: los sentimientos religiosos que le animaban le prestaron lejos de esto la mayor serenidad y reposo. «Entonces, dice al arzobispo de Tole»do D. Gaspar de Quiroga en una carta escrita des»pues de su prision, gozaba yo de tal quietud y alegría »de ánimo cual ahora muchas veces echo menos, ha»biéndome restituido á la luz.»—¡Ejemplar manera de combatir la calumnia y de desbaratar la saña de sus adversarios!... Pero aun le quedaba que adquirir mayor triunfo sobre ellos.—A los cinco años de espantosa clausura falló últimamente el Tribunal de la fé la causa que se habia seguido contra el maestro Ponce de Leon y declaró solemnemente su inocencia, restituyéndole sus honores y dignidades, con harto duelo del envidioso Leon de Castro que se habia presentado como el primero de sus enemigos.—La Universidad, Salamanca entera esperaba que al salir Fray Luis del calabozo lanzára contra sus perseguidores las justas quejas del hombre ofendido: encargóse Leon nuevamente de su cátedra, y en el dia señalado para dar principio á sus tareas hervía el pueblo entero en los patios de la Universidad, aguardando que llegase la hora para escuchar las acusaciones ú oir al menos el relato de los tormentos que habia sufrido el ilustre catedrático entre sus cadenas. Fray Luis de Leon apareció al cabo entre la muchedumbre: su rostro estaba lleno de espresion, sus ojos radiaban de alegría; subió á la cátedra, tendió la vista sobre el inmenso concurso que se disponia á escucharle, y con el mismo tono que habia guardado siempre en sus explicaciones, pronunció en latin estas palabras: «Decíamos ayer» prosiguiendo su leccion, como si acabára de separarse de sus discípulos.—A tan extraña manera de pelear, no fué posible que resistieran la envidia ni la calumnia. Fray Luis de Leon vivió desde entonces amado de sus amigos y respetado de sus adversarios, gozando en su órden de las mayores distinciones.—Su muerte acaecida en Madrigal en 1591, cuando desempeñaba el cargo de Vicario general de la provincia de Castilla, llenó de duelo á aquellos y puso término á la ojeriza de sus enemigos.—Su cuerpo fué trasladado al claustro del convento de san Agustin de Salamanca, en donde le enterraron junto á un altar, que existia en el mismo, dedicado á nuestra *Señora del Pópulo*. Fray Luis de Leon dejó á su patria, como eterno monumento de su gloria, sus creaciones.

Ademas de las obras teológicas y las conocidas con los títulos de la *Perfecta casada* y los *Nombres de Cristo*, escribió Fray Luis *tres libros* de poesías, que contienen: el primero sus producciones originales; las traducciones de los clásicos el segundo; y las que hizo de los *Salmos* y del *Libro de Job* el tercero. Ya hemos manifestado nuestro dictámen respecto del genio de sus poesías, si bien con la brevedad que la narracion nos ha permitido: para probar la popularidad que ha gozado en España este sagrado cisne, bastará solo á nuestros lectores recurrir á su propia memoria. ¿Quién no recuerda con dolor la *Profecía del Tajo*, en donde se ven caer sobre la triste Iberia las hinchadas velas africanas y derramarse por sus desoladas comarcas los bárbaros vencedores con su irresistible muchedumbre?.

Cubre la gente el suelo,
debajo de las velas desparece
la mar la voz al cielo
confusa y varia crece:
el polvo roba el dia y lo oscurece.
. . . . . .
Acude, corre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz á la mano,
menea fulminando el hierro insano.
¡Ay cuánto de fatiga!...
ay cuánto de dolor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente
á hombres y caballos juntamente!..,

¿Quién no ha derramado alguna dulce lágrima al repetir con Fray Luis de Leon aquella sublime oda,

Y dejas, pastor santo,
tu grey en este valle hondo, escuro,
con soledad y llanto
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

¿Quién no ha recurrido al poeta granadino en medio de sus desgracias para demandarle el bálsamo consolador que manaba de sus labios, al tender la vista sobre el firmamento en *Noche serena*; para hallar en sus versos todos la esperanza perdida? Todas sus poesías como hemos dicho anteriormente, son un magnífico himno en donde la humanidad eleva sus plegarias al Hacedor supremo, colmándole al par de bendiciones.—Por eso en todas ellas se advierte cierto descuido en las formas y cierto prosaismo, criticado por aristarcos que no han saboreado las bellezas que resaltan en el fondo; prosaismo que revela la espontaneidad de sus concepciones, contrastando admirablemente con la sublimidad de los pensamientos.—Fray Luis de Leon fué en poesía, en nuestro concepto, lo que fué Murillo en pintura: ambos poseyeron la mágia de la armonía, ambos estaban animados de un sentimiento religioso que constituia toda su existencia: por esta causa hemos dado el nombre de *pintor del cielo* al gran discípulo de Velazquez, y no titubeamos en llamar á Fray Luis de Leon el *cantor del cielo*.

Se ha dicho con demasiada frecuencia que el poeta granadino fué grande imitador de Horacio, porque tradujo de una manera *inimitable* muchas de sus mejores odas.—Sin que nosotros neguemos que en la época en que floreció Fray Luis era casi una condicion precisa la imitacion de los poetas de la era de Augusto, parécenos que esta opinion es algun tanto exagerada.—¿En qué se parecen, pues, las producciones de Leon á las de Horacio? En las formas, no; porque estas habian variado y debido variar precisamente.—En el espíritu de sus odas, no; porque mientras que las poesías de Horacio nos presentan el sibaritismo de la córte romana y nos revelan la filosofia epicúrea, despliegan á nuestra vista las del ilustre agustino un mundo altamente moral, en donde todo lo es la fé, en donde se vé en todas partes la religion, cicatrizando las heridas, recibidas en este valle de lágrimas en que peregrinamos.—Fray Luis de Leon no puede designarse por tanto como un mero imitador de Horacio: Fray Luis de Leon no debió, para ser un gran poeta, nada á los griegos ni á los romanos, porque abrigaba en su pecho el sentimiento religioso y bebia sus inspiraciones en el genio del cristianismo.—Pero aun hay mas: para llamar á Leon imitador de Horacio, es necesario tener en cuenta que tambien tradujo las *Geórgicas* y las *Eglogas* de Virgilio y que hizo lo mismo con algunas odas de Píndaro y elegías de Tíbulo, siendo á los ojos de los preceptistas tal vez uno de los principales títulos de su gloria estas versiones, asi como las de los *salmos* y del libro de *Job*.—Cuando en el prólogo que puso á sus poesías llega el mismo Fray Luis á hablar de estas obras, se expresa en estos términos: «De lo que yo compuse juzgará cada uno á su vo»luntad: de lo que es traducido el que quisiere ser »juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías ele»gantes de una lengua estraña á la suya, sin añadir ni »quitar sentencia.... No digo yo que lo he hecho, ni soy »tan arrogante; mas hélo pretendido hacer y asi lo con»fieso.—Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga »prueba de sí y entonces podrá ser que estime mi tra»bajo mas, al cual yo me incline, solo por mostrar »que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la en»comienda y que no es dura ni pobre, como algunos »dicen; sino de cera y abundante para los que la sa»ben tratar.»—Estos renglones demuestran que el venerable religioso tenia la conciencia de su saber y de su talento, revelando al par el sentimiento patriótico que le movió á emprender tan difíciles tareas. La posteridad ha reconocido que la lengua castellana era en sus manos blanda cera y abundante mina de bellezas; pero el principal mérito de Fray Luis no consiste sin embargo en sus traducciones.

El temor de extendernos demasiado nos priva de trasladar á este sitio algunos de los pasajes tanto de las versiones latinas y griegas como de las hebreas, lengua en que era nuestro vate muy entendido.—No dejaremos, no obstante, de apuntar que la traduccion del *libro de Job* merece entre todas un lugar preferente por el orientalismo que respira y por la delicadeza con que estan expresados todos los pensamientos.—Al menos esta es nuestra pobre opinion, que no presentaremos como infalible.—Fray Luis de Leon es últimamente, como puede deducirse de cuanto llevamos observado, el poeta cuyo genio, cuyas creencias y cuyas costumbres se revelan en sus obras mas profundamente entre todos los que hasta su tiempo habian cultivado las musas castellanas.—Solo Hernando de Herrera, y no en todas sus poesías, puede compararse en el siglo XVI bajo este punto de vista con el poeta granadino, sin que despues se encuentre otro alguno, á excepcion del inmortal Rioja, que haya llenado cumplidamente semejantes condiciones.

Para terminar el presente artículo, en donde no hemos juzgado con toda la extension que su grande mérito exige á Fray Luis de Leon, recordaremos los versos que Cervantes y Lope de Vega le consagran: el primero dice en el libro VI de su *Galatea*:

Fray Luis de Leon es el que digo,
á quien yo reverencio, adoro y sigo.

Lope de Vega se expresa de este modo en su *Laurel de Apolo*:

Tu prosa y verso iguales
conservarán la gloria de tu nombre;
y los *Nombres de Cristo* soberano
te le darán eterno, porque asombre
la dulce pluma de tu heróica mano.
. . . . . .
Tú, el honor de la lengua castellana
si en esta edad vivieras,
fuerte leon en su defensa fueras.

El juicio de Lope de Vega, que alude en los últimos versos al gongorismo que habia plagado ya en su época la literatura castellana, no puede ser mas exacto.—La posteridad lo ha confirmado, y el nombre de Fray Luís de Leon vivirá tanto como el idioma de Cervantes.—En los últimos años en que un vértigo semejante al que menciona Lope de Vega dominaba en nuestras letras, se ha sacado al teatro la figura del gran poeta granadino para pintarle como presa de una pasion mezquina, haciéndole retirarse al claustro por falta de valor para resistirla.—Este hecho que está en contradiccion con la verdad histórica, solo puede perdonarse, al considerar cuán grande era la anarquía que reinaba en el teatro en la época á que nos referimos, si bien siempre será digno de la censura el poco respeto con que el autor del drama referido trata en él la venerable memoria de Fray Luis de Leon.

Jose Amador de los Rios.

RECUERDOS DE VIAJE.

Pamplona.—Las fiestas de San Fermin.

SEGUNDA PARTE.

Lo primero que llama la atencion del viajero, al desembarcar de la diligencia en Pamplona, es la *plaza del Castillo*; vasto y magnífico cuadrilongo, cuyos costados no bajarán de 160 varas de longitud, que se halla adornado de edificios muy regulares, y es de un aspecto sumamente grato. En medio de esta anchurosa plaza, la mas extensa que he visto en cuantas poblaciones de España he visitado, inclusa la coronada villa de Madrid, hay una bellísima fuente que la hermosea, y que presta al mismo tiempo á los vecinos de aquellos contornos un agua saludable y cristalina. Este benéfico licor viaja oculto como una perla en su nacarada concha, desde las montañas de Subiza, por un acueducto tan elegante como sencillo, el cual atraviesa montes horadados al intento, y salva en la extension de mas de tres leguas, con el atrevido arranque de sus arcadas, todos los barrancos y precipicios que de otro modo hubieran imposibilitado la marcha de tan benigno raudal: y la fuente que lo suministra, y de que me ocupo en este momento, es muy notable por el buen gusto de su arquitectura. Compónese de un sencillo y proporcionado cuerpo de órden corintio, con las armas de la ciudad (que consisten en un leon rapante con una corona encima y por orla las cadenas de Navarra), y ostenta sobre su elevada frente una estátua colosal de la Beneficencia, digna de estudiarse, no solo por la correccion del dibujo y las bellas proporciones de todas sus partes, sino por la sencilla expresion de candidez que retrata en su hermoso rostro, y por la nobleza de su actitud.

Ya dije en mi artículo anterior que con salva estrepitosa de truenos y de relámpagos quiso el cielo festejar mi arribo á la *Iruña* de la edad media: que las nubes, poco avaras de sus escondidos tesoros, abrieron los preñados senos para abatir el orgulloso polvo que el estío lanzaba de la tierra con el intento de ofuscarlas; y que la naturaleza parecia querer tambien esparcirse, en tan inocente desahogo, como envidiosa de la España que, por hacer alarde del genio alegre y vivaracho de sus caros hijos, acababa en aquellos meses de agitarse toda en contínuos y simultáneos *pronunciamientos*. Esta circunstancia me obligó á descansar de la penuria del viaje mas tiempo del necesario para reponerse de la fatiga, y no me permitió en el discurso de lo poco que aun restaba del dia salir á recorrer punto alguno de la poblacion. Pero si se opuso de una manera tan terminante al logro de mi buen deseo, si me hizo renegar de un clima que en el rigor del verano representaba todo el del lluvioso otoño tan á lo vivo, sirvió tambien para picar en mucho mi curiosidad y poner las mas punzantes espuelas á la que de admirar las bellezas de Pamplona me enardecia. Resignéme, pues, á la voluntad del destino, y acostéme esperando la hora feliz de poder dar cima á mi propósito.

La del alba seria cuando yo, acostumbrado á despertar, no cuando los pastores se despiertan, sino cuando ven próximo el momento de abandonar la labor para entregarse á los placeres del descanso y la gastronomía, salté del mullido lecho, que las blancas manos de una graciosa guipuzcoana me habian prevenido la tarde anterior, y corrí á los balcones deseoso de saber á cuántas estábamos de tempestades. Abrí, con efecto, las maderas que obstruian el paso de la luz del dia, y los divinos rayos del rubio Apolo hirieron mis ojos súbitamente é hicieron palpitar de alegría mi corazon. Ya me saboreaba en mis adentros con la idea de admirar desde las murallas las magestuosas crestas del *Pirineo*, que se pierden en los confines vaporosos del horizonte, y me fingia en la imaginacion anticipadamente la deliciosa frondosidad de los jardines de la *Taconera*, y el guerrero aspecto de las fortificaciones. Pero á medida que el sol se levantaba de su lecho de topacios para elevarse al cenit, con toda la pompa de un rey triunfador, los ligeros vaporcillos que el Arga exhalaba de su mezquino y perezoso raudal, empezaban á condensarse en el espacio; y de aéreos y transparentes vellones de rubíes se iban convirtiendo en montañas, primero cubiertas de blanca nieve, y mas tarde oscuras y descarnadas como cerros volcanizados. Turbéme no poco al imaginar que acaso el implacable chubasco que amenazaba me impediria llevar á venturoso término mi propósito, y la menuda lluvia que empezaron á verter las nubes ennegrecidas vino á confirmar que no eran infundadas tales imaginaciones. Poco á poco fué acrecentándose aquella, y despues de haber descargado la atmósfera torrentes de agua sobre la tierra, empezó nuevamente á mostrarse el sol por entre desgarrados pabellones de un color gris, que al cabo dejaron ver á lo lejos el transparente y magnífico azul del cielo. Dí entonces gracias al Sér poderoso y omnipotente que rige el curso de los elementos encontrados, por la solicitud que habia puesto en contener los desgajados mares que llenaban toda la inmensa extension del vacío; y encomendándome á mi buena dicha, aunque nunca la tuve buena, dejé precipitadamente mi posada, de la cual habia pensado no llegar á salir nunca, segun el tiempo se me mostraba enemigo. Encontréme, pues, en la plaza del Castillo, de que ya he hablado, y no pude menos de fijar la atencion en los dos edificios mas notables que la decoran; la casa del señor de Carriquiri, cuyos tres frentes son del mejor gusto, y el Teatro, levantado hace muy pocos años en el sitio que antes ocupaba el convento de Carmelitas Descalzas. La grandiosidad del pórtico de este edificio, todo de piedra sillería, el buen gusto arquitectónico de su segundo cuerpo, adornado de columnas semicolosales, y su buena y elegante distribucion interior, dicen no poco en pró de la cultura de los pamploneses (que no han perdonado medio alguno hasta erigir un templo digno de las artes, que son el mas bello ornamento de las sociedades modernas), y hacen al par una reconvencion amarga á capitales de mas poblacion y de mayores recursos, que se contentan con asistir á teatros indignos, por el mal gusto de su forma y la pobreza de su decoracion exterior, de merecer siquiera nombre de tales. Al lado del que me ocupa hay una porcion de terreno, en la cual se han echado los cimientos de otro colosal edificio, destinado, si no me es infiel la memoria, á la Diputacion Provincial; y á espalda de ambos, en el espacio que hasta la misma muralla se dilata, pensaban por aquellos dias (agosto de 1843) construir una magnífica plaza de toros, que aunque no estaba trazada por el modelo del anfiteatro de Roma, habria escedido con mucho á la imperfecta que en la plaza del Castillo se forma todos los años, la cual ni es cómoda para el público, ni buena para los lidiadores, ni digna de la poblacion, ni decente y grata para nadie.

Gustoso salí del teatro despues de haberlo examinado detenidamente, y ya me aprestaba á seguir por el paseo á la esplanada que hay entre la ciudadela y la ciudad, cuando una detonacion lejana, un vivísimo relámpago y la total ausencia del sol me hicieron variar de intento, temeroso de que la tormenta que amenazaba me alcanzase en sitio á donde fuera imposible esquivar su furia. Con efecto, las nubes habian vuelto á condensarse formando negruzcas masas de estravagantes y caprichosas figuras que remedaban, ya delfines monstruosos de una magnitud inconcebible, yá alcázares fantásticos y siniestros como los que sueña la imaginacion en sus instantes de terror, de vértigo y de delirio. Los desatados vientos soplaban con una furia sin igual y arrebataban las hojas verdes de los árboles corpulentos que adornan aquellas extendidas alamedas; la naturaleza, en fin, parecia irritada consigo misma, y próxima á destruirse si una sonrisa de Dios no le infundia de nuevo la calma y la sacaba de aquel estado de irritabilidad y de desórden. Tan imponente espectáculo trajo á mi mente, absorta en tanta grandeza, aquellos bellísimos versos de un romance antiguo:

«Tronando las nubes negras
Y espesos los claros aires
Con remolinos y polvo
Señalaban tempestades.
Tinieblas cubren la tierra,
Sin que la noche llegase,
Y el sol escondióse huyendo
De los relámpagos grandes.»

que tan bien pintan el cuadro de que era espectador el mundo. Crecian y menudeábanse los relámpagos, los truenos retumbaban en el vacío aturdiendo el aire, y parecian la expresion sublime de la ira eterna: todo hacia presumir que semejante espectáculo fué sin duda el que soñó Balbuena cuando escribia:

«Suena el aire, brama el viento:
Y de los rayos que llueven,
En las bóvedas del cielo
Retumban entrambos ejes.»

y yo, arrebatado de entusiasmo á vista de aquella imponente lucha de los elementos, de aquel preludio de la destruccion universal, exclamé conmovido con el profeta: «en mi afliccion invoqué al Señor; él oyó mi voz desde su templo; y mis clamores en presencia suya entraron en sus oidos: se conmovió y se estremeció la tierra: los cimientos de los montes se turbaron y conmovieron, porque está airado con ellos... inclinó los cielos al descender, y llevaba bajo sus pies la niebla. Subió sobre el querubin y voló: voló sobre las alas de los vientos, y se encubrió entre las tinieblas: y el pabellon que le cubria eran las aguas tenebrosas y las densas nieblas del cielo.» Sí, semejante espectáculo es digno en todo de la sublimidad del Supremo Sér: y al hombre miserable que sueña en sus delirios de ciencia traspasar los arcanos recónditos de lo infinito, no le queda mas recurso, á vista de tanta y tan inconcebible grandeza, que adorar la sublime inteligencia de un Dios que con el mas leve soplo calma la indomeñable furia de los vientos, y desgarra los apiñados montes de nubes para arrojarlos, aun llenos de sus gérmenes de destruccion, en la oculta morada de las tinieblas. Pero si este cuadro magnífico que hablaba de un tan elocuente modo á la imaginacion, la absorbió por un instante, tambien cuando cesaron los truenos y los relámpagos, y las nubes se resolvieron en agua nuevamente, el encanto desapareció dejándome por solo recurso el fastidiarme sin poder dar pasto á la curiosidad que me atormentaba. Conviéneme pues, no de la mejor gana posible, á esperar la llegada del próximo dia, rogando á Dios que enfrenase un poco los elementos, y algo amostazado con el clima benignísimo de Pamplona, justamente calificada de sombría por Victor Hugo.

Lució por fin la aurora de un dia mas venturoso (pues con razon se dice que ni el bien ni el mal son eternos), y el cielo despejado y transparente dió vivas señas de no turbarse con importunos nublados. Salí, pues, decidido á no volverme sin haber visto la cate-

dral y algunos otros notables edificios, aun cuando los cielos se desquiciasen, y me dirigí á la plaza de San José, en la cual se encuentra el suntuoso templo dedicado á Santa María bajo el título de la Asuncion. Esta preciosa catedral, que es muy digna de ser estudiada por todos los que hagan de las artes algun aprecio, remonta el orígen de su dignidad á los tiempos en que San Saturnino, discípulo de San Pedro, introdujo en Pamplona y en todo el país de los vascones, con la predicacion del Evangelio la fé cristiana, en los últimos años del imperio de Claudio ó primeros del reinado de su sucesor Neron; habiendo sido conocido entre los vascos con la denominacion de *Yaundone Satordi*, que quiere decir en su idioma patrio el *Señor Santo Saturnino*. Arruinada la fábrica primitiva por el descuido (hijo de las circunstancias) en que los obispos la dejaron, cuando con la invasion de los francos y de los árabes se vieron en la precision de buscar un refugio en el monasterio de Leyre, de donde siempre se sacaban los prelados, permaneció la iglesia en una tan lastimosa situacion, hasta que el año 1023 de la era cristiana, cuando ya el reino iba echando raices sólidas y regia sus destinos Sancho el Mayor, este benéfico rey dispuso que se reedificase el antiguo templo. Comenzóse efectivamente la obra sin tregua alguna; pero fueron tan lentos sus progresos que no se vió terminada hasta los 73 años, en tiempo de Pedro I; y despues de concluida la iglesia aun permaneció no pocos sin consagrarse. Verificóse al fin tan solemne ceremonia con toda la pompa y ostentacion de que era digna en 1124, por órden de D. Alonso el Batallador, y en el espacio de mas de dos siglos y medio apenas recibió el templo lesion alguna; pero en 1390 padeció ruina toda la fábrica, y solamente quedaron en pié una parte del frontispicio y un claustro pequeño, en el cual son de notar todavía algunos capiteles de sus pareadas columnas porque representan, con la cándida rusticidad de tan remotas edades, varios pasajes de los misterios de nuestra redencion. En 1397 empezó de nuevo á reedificarse el edificio todo, gracias á la liberalidad del rey Cárlos III de Navarra, y solo se conservó lo que ya hemos mencionado del que anteriormente existia. La iglesia, pues, permanece hoy casi en el mismo estado que en los tiempos de su fundacion, y es una de las que mejor revelan en España, por su sencillez y buen gusto, toda la pureza y grandiosidad que se encierra en la arquitectura gótica-germánica cuando no está recargada de los inútiles y pesados adornos con que ha solido deslustrarla algunas veces el mal gusto de ciertos arquitectos poco apreciadores de la verdadera belleza. Consta el templo que en este instante fija la atencion de los que esto leen de tres naves de grande elevacion y magnificencia, divididas por ocho arcos, cuyas elevadas columnas, que semejan esbeltos haces de delicadas palmeras, producen un grande efecto. El crucero, que es sumamente elevado y espacioso, merece tambien fijar la atencion de los inteligentes, y los graciosos ajimeces de primorosos calados que dan luz á todo el recinto hacen mucho mas encantador el conjunto. Las capillas ofrecen poco de notable que admirar; pero el altar de la mayor, que es del gusto greco-romano, consta de varios cuerpos, y ostenta esculturas de mérito no vulgar. La sillería del coro es bellísima, y mas antigua que el retablo de la capilla mayor; pertenece al género de arquitectura mista, y está engalanada con columnas preciosas, que le dan mucho realce: su autor fué el célebre escultor Miguel de Ancheta, natural de la misma ciudad de Pamplona, en la que floreció en el siglo XVI. En medio del coro y dentro de un suntuoso mausoleo de mármol blanco duermen las cenizas del rey D. Cárlos III y de su esposa doña Leonor, cuyas estátuas de alabastro reposan sobre tan precioso monumento. Ignoro quién fué el autor de este magnífico sepulcro; y aunque uno de los individuos del clero, ya entrado en años, me acompañó en mi visita á todas las dependencias de la catedral, no pude recabar de él noticia alguna que me diese luz en las cosas que ignoraba; pues el buen clérigo no habia inventado la pólvora, y hasta encontró motivo de admiracion y de estúpida sorpresa en unos gemelos con que necesité ayudar mi escasa vista, para poder percibir los objetos que de otro modo me hubiera impedido ver la distancia. Por esta misma razon ignoro el nombre del pintor moderno que, con sobra de genio y de buen gusto, trazó y manchó los hermosos cuadros de la *Oracion del Huerto* y *la Cena del Salvador*, que hermosean la capilla *Barbazana*, y los autores de otros muchos que adornan la sala capitular, en la cual los hay de un mérito relevante. Al entrar en la iglesia, saliendo de la sacristía, se goza de uno de sus mejores puntos de vista; y el alma se ensancha y parece que se acerca á Dios, en aquel sagrado recinto de la meditacion y de las lágrimas. Allí donde el agitado tropel de las mundanas pasiones se estrella como las olas del mar en las arenillas de la playa; allí donde todo respira el perfume delicioso de la inocencia, el corazon se baña en una inexplicable felicidad, y ora, y vuelve sus ojos á lo pasado para avergonzarse de sus miserias, para implorar al Dios inmenso, fuente de toda justicia, mayor caudal de virtud, emociones menos profanas, y un ardiente deseo de labrar el bien para los dias tormentosos que le restan en lo porvenir. ¡Cuán dulces son esas plegarias que eleva el alma al Criador de todas las cosas, entre el humo de los inciensos, al compás de las melancólicas modulaciones del órgano y de las voces temblorosas de sacerdotes ancianos, que arrastran dificilmente el peso de sus cansados años con un alma pura y una conciencia tranquila! ¡Cuán grande, cuán magestuoso es el vuelo que emprende la imaginacion en esas horas en que mira la virtud como el mayor bien que existe sobre la tierra, y olvida las injusticias del mundo! ¡Cuán sublime es el respetuoso silencio con que en la santa casa de Dios elevan sus ruegos los corazones oprimidos, y se desahoga el pecador del peso que le martiriza entre torrentes de lágrimas solitarias!.. Entonces es cuando se concibe la suprema felicidad que nos pinta la inspirada pluma de Santa Teresa; entonces comprendemos los éxtasis divinales del justo Juan de la Cruz, y exclamamos con el virtuoso Luis de Granada: «Aprende, hombre, á obedecer; aprende, tierra, á estar debajo de los pies; aprende, polvo, á tenerte en nada.»

Anfiteatro de Roma.

Vista de la ciudad de Pamplona.

Una de las cosas mas bellas que encierra la catedral de Pamplona es el sepulcro del célebre *conde de Gages*, que existió extramuros en el convento de Capuchinos, hasta que arruinada esta iglesia en el bloqueo de 1813, fué trasladado con grande aparato y ostentacion, de órden del conde de España, al sitio en que hoy se le admira, que es el trascoro de la iglesia patriarcal. Consta de un pedestal, en el que está escrito el epitafio, el cual recibe sobre cartelas y trofeos la preciosa urna, en cuyo frente se ve admirablemente esculpida una de las famosas acciones militares del héroe (su prudente y bien dispuesta retirada de *Campo Santo* cuando las guerras de Italia), y á cuyos lados hay dos mancebos hermosísimos apagando sus antorchas con aire del mas profundo abatimiento. Encima de esta urna está el busto del celebrado virey, y el todo del mausoleo termina con las armas reales. Componen este monumento mármoles de diversos colores y de gran riqueza; débese su fundacion á la liberalidad del rey D. Cárlos III de España, que lo mandó construir en 1767, y su bellísima escultura es obra del talento esclarecido del artista D. Roberto Michel. El claustro grande de la catedral es otra de las cosas bellas y dignas de estudio que hay en Pamplona. La prolijidad y el primor sumo de los ligeros calados que lo adornan, formando de la piedra un encaje aéreo que excita la admiracion; sus preciosísimas ventanas, sus

balaustres y antepechos, que nada dejan que desear y son admirables de todo en todo, dan materia vasta para que una persona entendida en las de bellas artes goce y se extasíe contemplando hasta qué punto habia llevantado el vuelo la arquitectura en los siglos que la injusta posteridad ha calificado torpemente con el epiteto de *bárbaros*. Yo por mi parte, aunque poco versado en tales estudios, diré que juzgo muy superior este bellísimo claustro, no solo por el feliz desempeño de sus adornos y calados, sino por el buen gusto del dibujo de sus hermosísimas ventanas, al tan celebrado cementerio de Pisa (con el cual tiene no poca analogía) que se señala en Italia como un modelo de buen gusto en arquitectura gótica. Tambien merecen una muy particular mencion la biblioteca, los dormitorios, la cocina, el refectorio, la galería y otras piezas en que moraban los canónigos cuando vivian en comunidad (pues esta catedral ha sido la última en que ha dejado de observarse la regla de San Agustin); no debiendo permanecer en el olvido una pequeña capillita que hay en el claustro, notable por haberse formado sus verjas, de una labor prolija y bien acabada, con el hierro de las cadenas que cerraban el real del Miramamolin en las Navas de Tolosa. Réstame decir mi pobre é insignificante opinion acerca de la nueva fachada de este templo, que presenta un pórtico de ocho columnas colosales de órden corintio, las cuales forman, pareadas al fondo, una suntuosa columnata, y reciben un cuerpo que deberá adornarse con estátuas cuando Dios quiera. A los lados se elevan dos torres, del mismo gusto que el pórtico, y delante de este hay un átrio magnífico perfectamente enlosado, y circundado de verjas de no mal gusto, entre robustas pilastras coronadas de hermosos jarrones. Mucho diria aquí en alabanza de don Ventura Rodriguez, que hizo los planos de este precioso frontispicio, ejecutado por el arquitecto don Santos Angel de Ochandategui, si no creyese que por mas bellos que aisladamente sean, semejante fachada no dice bien con el gusto general del edificio, que es gótico-germánico, segun se ha expresado. Y con efecto, así como desdeciria horriblemente en un rostro hermoso de mujer un peludo bigote de granadero; así como sentaria mal á un leon la mansedumbre de una ovejuela, así en un templo de esbeltas columnas, de apuntados arcos y de calados ajimeces; en un edificio que nos recuerda la edad media con sus cruzadas regeneradoras, el sentimiento religioso reconstruyendo la sociedad, ruda por instinto y por costumbres, y todo el ascetismo en fin de la vida solitaria y estudiosa, que tantos frutos produjo en aquellos tiempos en que la luz de la civilizacion empezaba á difundirse, es un adorno grosero y pegadizo, una fachada que nos hace acordar de Atenas y sus filósofos, de Roma y sus tribunos. Por lo demas, la invencion es bastante feliz; y á tener el don de la oportunidad nada habria que objetarle: pero como la belleza de un conjunto consiste en la perfecta armonía de todas sus partes, no se puede admitir, sin dar visibles muestras de un mal gusto muy decidido, que á un hombre virtuoso se le coloquen los atributos de un sátiro.

Los demas templos de Pamplona ofrecen poco ó nada que sea digno de mencionarse: por lo tanto solo diré que los naturales miran como un portento de belleza la capilla de Nuestra Señora del Camino, que se ha construido modernamente en la parroquia de San Saturnino (iglesia de solo una nave gótica no despreciable) y que, á pesar de los adornos de que está lastimosamente sobrecargada, si bien no es tan excelente como intentan hacerla aparecer, tiene una planta bastante buena. Es, sin embargo, mucho mejor y mas elegante la de San Fermin, levantada en la iglesia parroquial de San Lorenzo, en el sitio mismo en que se piensa que nació el Santo. Los palacios del obispo y del capitan general valen muy poco; y el ayuntamiento, que es el mas notable de todos los edificios civiles de Pamplona, aunque de gran capacidad y no mal repartimiento, está muy recargado de adornos churriguerescos y de estátuas que apenas poseen mérito alguno. Es curioso tambien y digno de verse detenidamente el rico archivo del reino, uno de los mas antiguos y ricos de la península, que se custodia en la Casa de los Consejos, donde eran las reuniones del tribunal de la Cámara de Comptos.

Llegó, pues, el momento de dar una idea de las fortificaciones (gracias al tiempo que se hizo amable hasta lo sumo y me dejó gozar de todo bien á mis anchas) aunque esto es mas difícil de lo que parece á primera vista; pues tales son sus irregularidades, y tal mi poca inteligencia en las cosas que sirven para el arte de la guerra, que ignoro si sabré atinar á decir lo bastante para llenar mi propósito. Sin embargo, romperé la marcha diciendo que al parecer forman un rectángulo que se dilata de E. á O. y cuyos dos lados mayores son el frente de la Rochapea, bañado por el rio (á cuyo O. se halla la ciudadela), y el de San Nicolás y la Tejería. Los menores son el de la Magdalena y el de Taconera, el primero de los cuales da tambien al rio. En 1521, ya que ignoramos á punto fijo la fecha en que empezaron á construirse las fortificaciones, se trabajaba en ellas asíduamente, pues en el archivo de Simancas existen cartas de ese mismo año, firmadas por Pedro de Malpaso, famoso ingeniero de su época, que era maestro de las obras de fortificacion de Pamplona, en las cuales hablaba al gobierno acerca de los reparos que en ella hacía.—La ciudadela, construida en el reinado del muy poderoso y prudente rey Felipe II, segun el modelo de la de Amberes, consta de cinco baluartes llenos con flancos retirados y plazas bajas; rebellines, excelentes fosos, buenos caminos cubiertos con sus contraguardias sobre los frentes que caen hácia la campiña directamente, y todos los demas edificios necesarios para una defensa. Muchos de sus cuarteles estan debajo de la muralla, y por consiguiente á salvo de todo peligro; y en el centro, en la plaza principal, adornada de acacias risueñas y de algunas lozanas flores, hay una capilla donde el cura castrense que allí mora dice misa para la guarnicion los dias de fiesta. La sala de armas es digna de verse por las muchísimas que cuenta y lo bien ordenadas que estan; y en ellas un aficionado á los instrumentos bélicos puede encontrar cuanto apetezca su fantasía. Yo, que afortunadamente no tengo nada de guerreador, salí de aquel amurallado recinto, no bien hube satisfecho mi curiosidad, no solo agradecido á la finura y amabilidad de los caballeros oficiales que hacian la guardia, sino á la de todos los dependientes de las oficinas y talleres, que hicieron conmigo alarde de la nobleza y cortesanía siempre tan propias de los españoles.

MANUEL CAÑETE.

EL HERMANO DE LA MAR.

Capitulo primero.

¡A EUROPA!...

Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.

(HERRERA.)

No lejos de la famosa laguna de Méjico, y asentada sobre las fértiles campiñas que en ella se reflejan, existia por los años de mil ochocientos cuarenta y tantos una elegante casa de recreo, propiedad de un hombre, que como otros muchos del continente americano, era dueño de una de esas fortunas que parecen fabulosas.—Veinte años habian transcurrido desde que por vez primera apareció D. Julian pobre y desvalido en la hospitalaria capital de la moderna república, hasta la época en que principia nuestra narracion, y sin duda por la rapidez y buen arte con que supo enriquecerse, logró que le apellidáran en poco tiempo D. Julian *Buenaventura*, y finalmente ser conocido por el grato é importante sobrenombre de el *Creso europeo*. Nada mas se sabia de su orígen y antecedentes: nada de las causas que le habian obligado en su lozana juventud á abandonar el mas rico de los puertos de España para arribar á unas playas tan remotas, ni nadie se cuidó de averiguarlas; porque era y sigue siendo muy frecuente la presencia de europeos en aquellos paises que en alas de las mas risueñas esperanzas vuelan en busca de realidades hácia el seno americano. D. Julian desde luego fué contado entre el número de estos aventureros, y ciertamente que no se equivocaron, porque nada de misterioso ni extraordinario habia ocurrido en la vida de este hombre, si bien será conveniente exceptuar una cuestion de amores que le puso en el caso de dirigir en buena guerra y con mejor acierto una excelente estocada á fondo que produjo la muerte de su adversario.—Acaso las activas persecuciones de los deudos del difunto, tal vez mas eficaces que las de la justicia, le habrian obligado á lanzarse á través del Océano; pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que desde su aparicion en la gran ciudad de Motezuma, el afan de que él dió mas evidentes señales fué el de *hacerse hombre*, y en verdad que poco tardó en ver cumplidamente coronados sus deseos.—Las revueltas y agitaciones políticas, así como precipitan y hunden en el polvo á los que parece que estan mas asegurados en la cumbre del poder, así tambien levantan de la nada con la mayor celeridad á los escogidos por el capricho de la veleidosa fortuna, y á D. Julian le cupo en suerte ser de los segundos. Su talento poco vulgar enriquecido con el conocimiento de las ciencias exactas, lo bastantemente desconocidas en aquel territorio para que él se hiciera notable, le condujo á desempeñar algunos cargos de suma importancia en la república, cargos que mejorando en breve su posicion social le pusieron en el caso de poder aspirar á la mano de una de las señoritas mas ilustres y opulentas del pais, en el seno de cuya familia verificó su recepcion el dichoso *Buenaventura* con recíprocas muestras del mas espansivo regocijo.—De este modo realizó D. Julian sus sueños de fortuna, y el cielo para colmo de felicidades le concedió una hija al terminar el primer año de su matrimonio.

Diez y seis pasaron para el *Creso europeo* tan rápidos como son todos los de la dicha, en cuyo tiempo la casa de recreo á que nos hemos referido en el principio, fué el teatro mas permanente de sus glorias, en el que la sociedad mejicana fué tambien testigo de su buen gusto y de su magnífica esplendidez. —Hoy no presenta esta casa el aspecto que solia en las deliciosas noches de festin: oscura y solitaria, los empinados cedros y cipreses del jardin exterior imprimen en sus muros un sello siniestro que da á todo el edificio una completa semblanza de panteon.—El reflejo de una luz, debilitada por un precioso transparente filipino colgado entre las jambas de una de las ventanas de la planta baja, era el único punto luminoso que en aquella colosal masa de sombras se descubria. Lánguidos y acompasados ayes y comprimidos sollozos salian de vez en cuando del fondo de aquella habitacion, cuyos ecos se perdian entre el zumbido de las ráfagas de viento que anunciaban desde afuera la cercana tempestad. Estas evidentes señales de sentimiento eran producidas por cuatro personas que á la sazon ocupaban la estancia. Un hombre vestido de negro de esos que poseen una fisonomía grave y contemplativa: D. Julian *Buenaventura* y su hermosa hija estaban en rededor de un suntuoso lecho cubierto con un rico pabellon de encaje debajo del cual descansaba, próxima á despedirse de la vida, la esposa del europeo.—La afanosa mirada de los tres estaba fija en el rostro de la moribunda, que instantáneamente se iba cubriendo de una palidez mortal, y el hombre vestido de negro, despues de haber examinado las pulsaciones de la arteria y la creciente fatiga y elevacion del pecho, frunció ligeramente las facciones, cuyo movimiento á pesar de la rapidez con que fué ejecutado, no se escapó á la azorada vista de D. Julian que le interrogó lleno de angustia.

—¿Qué.... Doctor?

—Nada, contestó éste, dando á su respuesta un aire de tranquilidad de que carecia enteramente y haciéndole reparar en la presencia de su hija.—Nada.... continuó, ahora reposa... dejémosla descansar.

Pocos momentos despues salió de la habitacion el ilustre médico seguido de D. Julian, y atravesaron varios salones sin cuidarse de las profundas reverencias que numerosos criados indígenas les dirigian al pasar. Cuando estuvieron solos y á bastante distancia del cuarto de la enferma, D. Julian tomando cariñosamente las manos del doctor le dijo.

—Doctor ¿conoces mis riquezas?

—Sí.

—Pues la mitad de ellas serán tuyas...si la salvas.

—He oido decir que todo lo pueden las riquezas; pero creed, mi querido señor, que en este caso son harto impotentes.

—Con que ¿no hay esperanza?

—Ninguna.

—¿No quedan ya recursos en la ciencia....

—Todos se han puesto en accion sin que ninguno haya podido cortar los rápidos progresos de esa fiebre que la consume.

—Ira de Dios!...

—Dónde vais?.... dijo el doctor deteniendo á don Julian que se dirigia hácia la puerta exterior.

—No lo sé... voy al campo; quiero respirar el aire libre: aqui me abraso.....

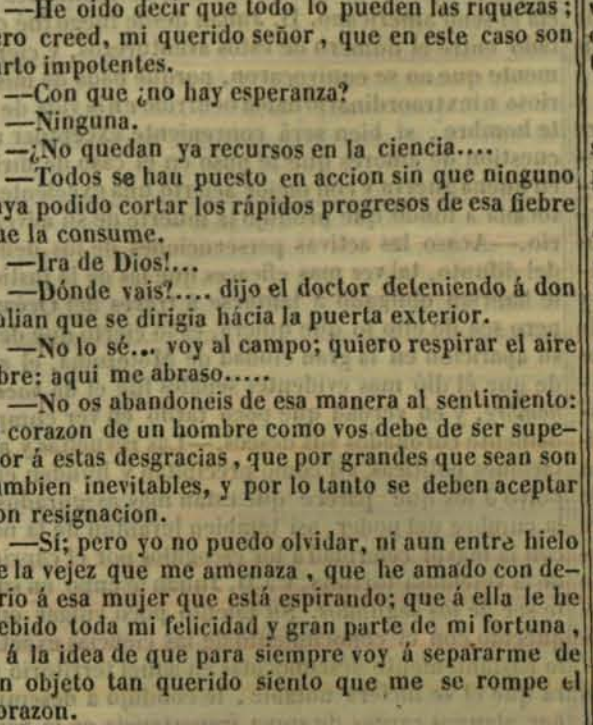
—No os abandoneis de esa manera al sentimiento: el corazon de un hombre como vos debe de ser superior á estas desgracias, que por grandes que sean son tambien inevitables, y por lo tanto se deben aceptar con resignacion.

—Sí; pero yo no puedo olvidar, ni aun entre hielo de la vejez que me amenaza, que he amado con delirio á esa mujer que está espirando; que á ella le he debido toda mi felicidad y gran parte de mi fortuna, y á la idea de que para siempre voy á separarme de un objeto tan querido siento que me se rompe el corazon.

—Acordaos de vuestra hija.

—Sí, sí.... mi pobre Eugenia!... ella será desde hoy el único encanto de mi vida.... pero déjame solo; quiero sin testigos desahogar mi alma acongojada, y prepararme en la soledad para tan amarga despedida.—

Y esto diciendo cruzó rapidamente el pórtico romano de su quinta y á través de los torbellinos de polvo que levantaba el huracan, se deslizó á lo largo del muro cruzados ambos brazos y la cabeza inclinada sobre el pecho.—Asi como una sombra, estuvo vagando algunos instantes al pie de aquellas paredes que un tiempo mas feliz estremecian las fuertes sacudidas de la alegre danza, el rumor de los banquetes, los acordados sonidos de las orquestas; y al pasar por delante de la ventana del cuarto en que yacia su esposa espirante, detuvo el paso como si un abismo se hubiera abierto de repente ante sus pies, y lanzó una dolorosa mirada sobre el lindo transparente del Asia que le ocultaba los objetos que entonces encerraba aquella mansion. Poco despues oyó un confuso rumor dentro de ella y acercándose á la ventana pudo con atento oido escuchar estas palabras.



—¿Por qué lloras, vida mia?

—No lloro.... madre....

—Oh!... sí.... desde el fondo de la tumba he escuchado tus sollozos, hija mia: ten valor, Eugenia, y dame un beso... el último tal vez que pueda recibir.

—En nombre de nuestro amor, te ruego, mi querida madre, que deseches tales pensamientos.

—Imposible!... imposible.... conozco que el cielo despeja mi razon en este instante para que te dé mi último á Dios.... Animo!... ya lo ves, voy á morir jóven aun y estoy resignada.... Solo llevo el pesar de que te quedas expuesta á las violencias de ese mónstruo... ¿quién velará por ti?....

—Ay!... murmuró Eugenia aterrada.

Y el trasparente se agitó breves instantes y quedó sin que lo advirtieran algun tanto mas separado de la pared. La moribunda continuó.

—Que nunca sepa tu padre esta desgracia; sería exponerle inútilmente, llenarle de amargura cuando de tanto consuelo necesita, y acaso su noble corazon no podria soportar tamaña afrenta.....

—¡Ah.... madre mia!.... dijo Eugenia anegada en lágrimas.

—Sí... añadió la enferma con casi ininteligible voz. Idos á Europa.... allí tal vez te verás libre... díle que esta ha sido mi postrera voluntad..... A Dios... llegó mi hora. .....

Y el trueno con eco pavoroso retumbó sobre las techumbres de la casa, y una ráfaga de viento arrebató el trasparente y apagó la lámpara de plata que iluminaba el aposento, al tiempo mismo que á la súbita vislumbre de un relámpago vió Eugenia en el hueco de la ventana la inmoble cuanto severa figura de su padre.... y lanzando un hondo gemido cayó desvanecida sobre el inanimado cuerpo de su madre.

Ocho dias despues sufria don Julian con aparente resignacion los efectos de una costumbre tan ridícula en el viejo como en el nuevo mundo. En uno de los mas elegantes salones de la misma casa recibia el insoportable *pésame* de multitud de personas de distincion, pero indiferentes á su desgracia, que habian acudido desde la ciudad para cumplir con este mal entendido piadoso requisito, de peor entendida humanidad.

Yo creo que el tiempo, y nada mas que el tiempo es el único talisman para los grandes dolores; y el pretender calmarlos por medio de la fria etiqueta, es un atentado contra los mas puros sentimientos naturales.

Ofrecióles don Julian consolarse, una vez que así les parecia, y á fin de desembarazarse de tantos importunos, se retiró al hueco de una ventana con un hombre que hacia poco tiempo que le habian presentado, y cuya franqueza, que algunos calificarian de cinismo, excitaba de vez en cuando la hilaridad del europeo. Era el tal don Luis de Alvarado conocido por el Inca, pues pretendia descender de aquella egrégia familia, como de unos treinta años; sus pequeños y chispeantes ojos negros revelaban la viveza, malignidad y audacia de su carácter. Vestia con la mas refinada elegancia, y poseia todo el buen aire y aplomo de un hombre que habia cruzado el mundo en distintas direcciones, y derramado en él, entre misteriosas aventuras y ruidosos lances, el pingüe capital de tres fortunas.

Tomó familiarmente el brazo de don Julian, y en voz alta, sin cuidarse de que los circunstantes le escucháran, exclamó:

—¡Mentira!... pura mentira, amigo mio; á nadie le importa un bledo que Vd. se consuele ó se tire por un balcon. Esto de los *pésames* es uno de los infinitos modos que las sociedades han inventado para pasar el tiempo.

—Sin embargo, Vd. que tan escéntrico quiere aparecer, en el solo hecho de haber venido, acepta la costumbre.

—No por cierto. ¿Ha salido de mis labios alguna de esas palabras de consuelo? Ninguna: ademas, y como Vd. puede que lo sepa algun dia, yo soy el menos á propósito de los vivientes para consolar á mis semejantes. He venido para despedirme de Vd.

—¡Cómo! ¿se aleja Vd. de Méjico?

—Sí señor.

—¿A dónde va Vd?

—A Europa.

—Creo que hace poco que estuvo Vd. en ella.

—Tres años.

—Es Vd. todo un viajero.

—Ahí verá Vd: diez años hace que llevo esta vida errante, y estoy cada vez mas contento con ella.—He oido decir que tiene Vd. parientes en España, ¿quiere Vd. mandarme alguna cosa?

—Gracias, don Luis; há tiempo que envié un comisionado para que averiguase el estado en que se encuentra mi único hermano, y espero tener muy pronto noticias.

—¿Y qué es de Eugenia?

—Desde el fallecimiento de su madre no ha salido de su aposento.

—¡Qué diablo! case Vd. pronto á esa chica, don Julian; bajo este clima ya sabe Vd. que las naturalezas se desarrollan con suma rapidez.... y á los diez y siete años....

—Entiendo, entiendo... le interrumpió *Buenaventura*, que á la sazon no se encontraba muy dispuesto á que su hija continuára siendo el objeto de las observaciones de aquel improvisado naturalista,—ya me ocuparé de ello en tiempo oportuno.

—Quede con Dios el Creso europeo.

—Con él vaya el esclarecido Inca.

—Nos volveremos á ver dentro de poco.

—Lo dificulto; porque cuando Vd. vuelva á estos paises tal vez no me encontrará.

—Pero le podré encontrar en otros.

—¿Quién sabe...

—No lo dude Vd... nos encontraremos... así está escrito.

Y estrechándolo fraternalmente, salió de la habitacion, en la que pocos momentos despues don Julian se quedó solo.

Por espacio de tres dias se excusó de recibir nuevas visitas, pretestando una grave indisposicion, en cuyo tiempo una idea constante, fija, absorbió todos sus pensamientos. Las terribles palabras que habia oido pronunciar á su esposa poco antes de fallecer aun sonaban en sus oidos, y se estremecia considerando las funestas interpretaciones que de ellas se desprendian.—¿Qué misterioso arcano será este que no puedo descubrir?—¿De quién tiene que temer mi hija violencias?...—¿y de qué afrenta la habló... afrenta consumada ya, que yo debia de ignorar siempre?... Por qué ese incesante afan de que salgamos para Europa?..... Varias veces habia querido don Julian pedir explicaciones á su hija que le sacasen de este Dédalo intrincado, pero al verla tan afligida habia respetado su dolor sofocando dentro del pecho sus nobles como vehementes deseos, hasta que una ocasion oportuna favoreciese sus intentos.

Una mañana entró en la habitacion de Eugenia con el firme propósito de saberlo todo, y al encontrarla mas serena que los dias anteriores, quiso aprovecharse de aquella oportunidad para sondear su corazon.

—¿Todavía en el lecho, niña?

—Es donde suelo encontrar algun reposo.

—¡Dichosa tú!... tambien yo lo necesito; pero en ninguna parte lo encuentro, Eugenia mia.

—Yo creo que nunca lo hallaremos aquí.

—¿Por qué?...

—Porque tenemos hartos recuerdos de amargura... en Europa seríamos mas felices.

—Y... ¿nada mas que por eso desearias que nos fuéramos á Europa?

—Y ¿no es bastante?... ademas, este tambien fué el último deseo de mi madre...

Y Eugenia bajó los ojos, y palidecieron sus mejillas.

D. Julian la contempló con inquietud, y despues de breves instantes de silencio, dijo, clavándole una mirada indagadora.

—Eugenia.... yo tambien escuché las últimas palabras de tu madre.

Una ligera sacudida nerviosa experimentó la bella mejicana al oir estas, que don Julian pronunció con acento solemne.

—Sí... sí.., recuerdo aquella noche fatal.

—¿Y bien?....

—Respetemos la voluntad de los difuntos, padre mio. Mi madre en su lecho de muerte me rogó que nunca revelára á Vd. este secreto.

—¿Es decir, que me condenas á una vida de perpétua ansiedad?... ¿Cómo he de hacer frente á tus desgracias si desconozco hasta su orígen?... ¿Nunca tendrá fin este tormento?...

—En Europa, puede ser; aquí.... jamás.

—Bien; la voluntad de los muertos será respetada, dijo don Julian, tirando brúscamente del recamado liston de una campanilla.

Un hombre se presentó en la habitacion inmediata á la que salió don Julian para comunicarle es-

tas órdenes, que Eugenia escuchó con alborozo.

—Damian, que se empaqueten para mañana todos mis efectos de valor: que se giren mis caudales sobre las principales plazas de España, y encárgate desde ahora de la administracion de mis propiedades.

—¿A dónde van los amos?

—A Europa.

Y se oyeron los precipitados pasos de los dos que se alejaban.

—Gracias á Dios!... murmuró Eugenia; *allí no le veré...*

Una carcajada sonó en la parte exterior de la ventana, cerrada con persianas. Eugenia se estremeció, y su convulsa mano buscó el puño de una daga que tenia oculta debajo de las almohadas.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Tenemos una verdadera satisfaccion en enriquecer nuestros números con la siguiente traduccion del Dante, en que el señor general Pezuela ha dado nuevas pruebas, no solo de su talento y delicado gusto poéticos, sino de su aficion al estudio de los buenos autores, y de su constante laboriosidad, que ciertamente no es prenda de menor estima. Este trabajo es sumamente apreciable por muchos conceptos, y principalmente por el sabor de antigüedad que le distingue, y por lo bien conservado que en él advertimos el carácter, el estilo, y el número poético del autor de la *Divina Commedia*. Despues de leido no podrán menos de convencerse nuestros lectores de que no es incompatible, como algunos han creido, el ejercicio de las armas con el esmerado cultivo de las musas.

DANTE ALIGHIERI.

EL INFIERNO.—CANTO V.

Traducido por el general D. JUAN DE LA PEZUELA.

Ora á sentirse empiezan en mi oido
Los sones de dolor: ora venia
Do llanto inmenso el corazon ha herido.
Y entré al lugar, de toda luz privado (1)
Que como el mar en tempestad mugía,
Si es de vientos contrarios azotado.
La borrasca infernal siempre dispuesta,
Arrebata las almas en su ruina,
Las revuelve y percude y las molesta.
Y cuando al duro fin las avecina,
Allí es el ruido, y el lamento y grito,
Y el blasfemar de la virtud divina.
Los que á tormento van tan inaudito
Los pecadores son, torpes, carnales,
Que humillan la razon al apetito.
Que como el estornino á quien obliga
El tiempo frio á vuelos desiguales,
Así los lleva en su eternal fatiga,
Aquí y allí su doloroso oficio,
Sin confortarlos la esperanza amiga,
No que de paz, mas de menor suplicio.
Y cual grullas su triste guay cantando
Hacen de sí en el aire larga hilera,
Asi vide venir, ayes lanzando,
Sombras que el viento rápido tragera.
¿Y quién, dije, maestro, es ese bando
Que tanto agita la borrasca fiera?
La primera que vés de entre esas gentes,
Ocupando del Asia vasto imperio,
Reina fué de cien lenguas diferentes.
Al impúdico vicio era tan dada,
Que por robar su nombre al vituperio,
Osó hacer ley del crímen que la agrada.
Semíramis ha sido: ayer parece,
La vió esposa de Nino y sucesora
La tierra que al Soldán hoy obedece.
Esa la triste á quien la vida pesa (2)
De Siquéo á los manes ya traidora:
Y la lasciva Cleopatra es esa.
Y vide á Elena, al mundo tan costosa (3),
Y al grande Aquiles con la faz sombría,
Aun reciente la herida sanguinosa (4).
Y de Tristan y Páris me decia,
Y de mil á quien ímpetu amorosa,
Al término fatal condujo un dia.
Yo cuando al sabio guia le hube oido
Tanta dama nombrarme y caballero,
Fuí casi opreso y de piedad vencido.
Y, poeta, le dije: hablar espero
A ese amoroso par que así va unido,
Y en el aire se tiene tan ligero.
Y á su vez respondió: verásle cuando
Mas cerca esté; y entonces tú les ruega
Por el su amor; y á tí vendrán volando.
Y el remolino apenas los allega,
Ya les grité: venid, almas cuitadas,
Con nosotros á hablar, si no se os niega.
Cual palomas que al nido son llamadas,
Tendida y firme el ala, por el viento
Sulcando van, de su querer llevadas;
Así dejaron al tropel de Dido,
A nos viniendo por la niebla oscura:
¡Tanto caro el reclamo les ha sido!
Y ella dijo: «Mortal que así al profundo
Vienes á visitar compadecido
Los que de sangre hemos teñido el mundo:
Por tí al rey de los orbes pediremos,
Si el derecho á su amor no hemos perdido,
Pues tanto nuestro mal sentir te vemos.
De cuanto oir ó hablar dulce te sea,
A tí de hablarte y de escuchar te habemos,
Mientras al viento así callar yo vea.
En el suelo nací del Pó bañado,
Y junto al mar que entrando enseñorea,
De arrastrar tantos rios ya cansado.
Amor que á todo tierno pecho enciende,
A este abrasó por la gentil persona
Que perdí de aquel modo que aun me ofende (5).
Amor que nunca de pagar perdona,
Por este me tomó placer tan fuerte,
Que hasta aquí, como vés, no me abandona;
Y amor tambien nos deparó una suerte:
El lugar dó Caín gime violento (6)
Ora aguarda al cruel que nos dió muerte (7).
No bien calló, doblé ya sin aliento,
Mi frente opresa de dolor no escaso,
Y él me dijo: ¿Dó está tu pensamiento?
Y yo esclamaba por respuesta ¡Ay laso!
¡Cuánto dulce sentir, cuanto deseo
Llevó á los dos al miserando paso!
Y á ellos vuelto: Francisca, la decia,
Muéveme á llanto tu dolor presente,
Ya insólita piedad tanta agonía.
Mas dime: al tiempo de tu ardor naciente,
¿Cuándo y cómo te diera amor piadoso
¿Saber las ansias de su pecho ardiente?
Y responde: «No hay mal mas doloroso,
Que en medio recordar de triste asunto,
El que pasó veloz tiempo dichoso.
»Mas si quieres, principio y causa junto
Saber de nuestro amor, con tanto anhelo,
Vas á oirme llorar y hablar á un punto.
»Leíamos un dia por consuelo
De Lancelot amante la ternura (8)
Solos éramos ambos, sin recelo.
»Cien veces á llorar nos ha movido,
»Y á perder el color esa lectura;
Mas un punto no mas nos ha perdido.
»Cuando á leer llegábamos la parte
Dó el labio Lancelot besó querido,
Este, que ya de mi jamás se aparte,
»Tembloroso besó la boca mia:
De Galeóto el libro tuvo el arte:
Y ya mas nada se leyó aquel dia.»
Mientras esto un espíritu decia,
Tanto el otro lloraba, que me trae
Grande piedad á estremo de agonia,
Y caí, como cuerpo muerto cae.

(1) Dante acompañado de Virgilio que le conduce y ampara en todo su viaje por los nueve círculos en que divide el infierno, llega al segundo, donde se supone ser castigados los pecadores carnales, sacudidos en un remolino de encontrados vientos, bajo de una atmósfera maligna y tenebrosa. Mas á pesar de tan duro suplicio, es sin embargo éste el único pasaje de su poema en que el poeta, atento sin duda á lo irresistible de la pasion amorosa, deja de ser el censor durísimo, el imperturbable teólogo, y se espresa con los sentidos acentos de la compasion y de la ternura. Recuerda á cinco ó seis famosos personajes que le señala su guía, y termina con el célebre y doloroso caso de Francisca de Rímini, de cuya historia me parece oportuno dar aquí una idea.—Francisca, hija de Guido de Polenta, Señor de Rávena, era una de las mujeres mas hermosas de su tiempo. Su padre la habia obligado á casar con Lanciote, primogénito de Malatesta, Señor de Rimini, hombre deforme, cojo, brusco y avaro. Tenia un hermano que era por el contrario, tierno, generoso y bello. Pablo amó á Francisca, y no tardó ésta en concebir la pasion mas viva por su hermoso cuñado. Lanciote los sorprendió un dia, y atravesó á un tiempo á entrambos con su espada.

(2) Dido, que abandonada por Enéas, se dió la muerte, faltando así á su juramento de vivir siempre fiel á las cenizas de su esposo Siquéo.

(3) La esposa de Menelao, que fué robada por el troyano Páris, ó como otros entienden, que le siguió de su propia voluntad; cuya opinion parece es tambien la de Dante, que la coloca en el infierno entre los lujuriosos.

(4) La herida que le hizo traidoramente Páris cuando recibia por esposa á su hermana Policsena: cuyo amor le arrastró á tan temprana muerte.

(5) El pudor ofendido de la mujer, que perdona el golpe mismo mas bien que el haberle sido dado en aquel acto y en aquel momento.

(6) Dante llama Caina al lugar en donde son castigados los fratricidas.

(7) Todavía vivia el esposo matador de Francisca, cuando estaba Dante escribiendo su poema.

(8) Caballero enamorado de Ginebra, la esposa del rey Marco.

Sucesos contemporáneos.

De los últimos acaecimientos políticos que mas han llamado la atencion de Europa, los unos caminan ya á una solucion favorable, y los otros han dado recientemente, y dan lugar en la actualidad á nuevas complicaciones, cuyo éxito no es fácil preveer todavía.

Entre los primeros podremos citar los que poco hace han turbado el sosiego de la confederacion helvética, obligando á las potencias á dirigir al presidente de aquella Dieta notas mas ó menos enérgicas, con el fin de asegurar la paz de los cantones, cortar las funestas rivalidades que se habian suscitado entre ellos, y prevenir los desastres que amenazaban tanto á los radicales como á sus contrarios. La causa formada al doctor Steiger, caudillo de la expedicion radical que se dirigió contra Lucerna, y que quedó vencida y destrozada, tuvo el resultado que se presumia: insensible el tribunal á la voz de la clemencia, á las razones alegadas en su defensa por el mismo acusado, y á las súplicas y deseos de los innumerables apasionados de aquel hombre virtuoso, pronunció la sentencia de muerte. La apelacion posteriormente interpuesta ante otro tribunal, ha sido inútil, pues se ha confirmado aquella en todas sus partes, bien porque los jueces se han visto obligados á ceder á circunstancias particulares, bien por haber creido que obraban segun la justicia lo requeria. Con todo las últimas noticias aseguran que la pena impuesta á Steiger se ha conmutado en la de destierro. Las potencias, y Francia muy particularmente, parece que han intercedido en su favor y ofrecidose á ponerle fuera del territorio suizo, y aun del europeo si así se exige: por otra parte el mismo doctor ha pedido que se le destine á cualquiera punto, ya sea del antiguo, ya del nuevo continente. Su muerte hubiera dado lugar á nuevas discordias; su destierro no podrá contemplarse jamás sino como un acto generoso.

En el Parlamento inglés continua dando ocasion á graves debates el bill de dotacion en favor del seminario católico de Maynooth. La cámara de los Comunes ha procedido ya á la tercera lectura, y aun cuando la oposicion de la minoría se ha reforzado con algunos individuos mas, sir Roberto Peel está completamente seguro de su triunfo; y no contento con él, prepara otras reformas ventajosas al pueblo irlandés y á los católicos, cual es la de que estos gocen en su educacion de los mismos derechos y preferencias que los protestantes. Si consigue ver realizados sus profundos planes, se efectuará insensiblemente la union de la Irlanda con la Inglaterra, haciendo ineficaces los esfuerzos del libertador O' Connell, y destruyendo su prestigio, que cada dia pierde mas de su antigua fuerza y predominio.

En Francia no ha ocurrido acontecimiento alguno digno de especial mencion. M. Guizot va restableciéndose completamente de su enfermedad, y es de creer que en breve vuelva á presentarse en las cámaras y al frente de los negocios, tanto mas cuanto que las cuestiones de Marruecos se presentan otra vez bajo mal aspecto, con motivo de haberse negado Abd-El-Rhaman á reconocer el último tratado firmado con Francia, so pretesto de que sus plenipotenciarios no se han acomodado á las instrucciones que les tenia dadas.

Una de las rocas de Valencia.

Corren vagos rumores sobre nuevos proyectos revolucionarios en Italia, de que, dado que fuesen ciertos, se resintirian muy particularmente los Estados Pontificios; sin embargo, creemos que la Europa entera se halla interesada en la conservacion de la paz, y que no consentiria se alterase esta en pais, insignificante si se quiere en el equilibrio de la balanza europea, pero cuyos trastornos producirian cuestiones muy delicadas que no conviene suscitar ahora.

El asunto de la agregacion de Tejas ha ocasionado un brusco rompimiento entre las repúblicas de Méjico y los Estados Unidos. En un principio se creia que no se llevarian las cosas á tal extremo, mas al presente la opinion general es que si la Union americana no renuncia á sus intentos, será inevitable la guerra, y volverá á presenciar el mundo las sangrientas luchas á que parecen estar condenadas aquellas turbulentas regiones.

Esto es lo mas interesante que ofrecen las noticias del extranjero: respecto á España pudiéramos comunicar algunas mas, si el temor de no alargarnos demasiado, por una parte, y por otra el carácter de nuestro periódico no nos obligasen á suprimirlas.

El 21 del presente mes, dia de la festividad del Córpus, no pudo verificarse en esta canital, por causa del tiempo, la ceremonia religiosa que atrae todos los años tan numerosa y lucida concurrencia. La procesion del Santísimo no es en Madrid lo que en ciertas ciudades de España; no se ven en ella ni la *Tarasca* de Toledo, ni *las Rocas* de Valencia, ni los riquísimos ornamentos de otras partes; sin embargo, es notable por la asistencia de las principales corporaciones asi religiosas como civiles, por la animacion que ofrece la carrera, vistosamente entoldada, por la variedad que presentan las colgaduras de los balcones, y por el lujo con que brilla uno y otro sexo, que no parece sino que se proponen agradarse mútuamente, luciendo cada cual sus mejores galas.

Este año se ofrecia otro incentivo mas á la curiosidad de los madrileños: nuestra jóven reina habia querido asistir tambien al religioso acto, y sus augustas madre y hermana debian ver pasar la procesion desde los balcones de las casas del Ayuntamiento. En efecto, S. M. salió de Palacio y se dirigió á la parroquia de Santa María, y la reina madre y la serenísima señora infanta se encaminaron tambien á las Casas Consistoriales; pero el fuerte y contínuo aguacero con que quiso el cielo obsequiarnos obligó á las reales personas á regresar á Palacio, y la procesion hubo de suspenderse hasta otro año, si como es de esperar, lo permite el tiempo.

Alegoría del mes de Abril.

Dos dias despues á las tres de la tarde pasó S. M. al palacio del Congreso para cerrar la legislatura de las Córtes de 1844. Todas las tribunas del salon se hallaban ocupadas por una inmensa y escogida concurrencia; algunos de los señores senadores y diputados vestian ricos uniformes, otros togas, otros sus respectivos trajes eclesiásticos ó de rigorosa etiqueta. La régia comitiva y los suntuosos carruajes de respeto de la real casa salieron de Palacio entre el ruido de las salvas de artillería, el toque de las campanas y el estrépito de las bandas militares. Al coche de S. M. precedia uno tirado por ocho caballos con ricos arneses y penachos morados; la real persona ocupaba otro sobre cuya imperial se veian las insignias reales, y el hermoso tiro de caballos blancos ostentaba unos bellos penachos azules que añadian mayor pompa á la riqueza del carruaje. S. M. vestia un hermoso traje de encaje blanco y un manto verde guarnecido de oro, coronando ademas su cabeza una rica diadema de brillantes. La reina madre y la serenísima señora infanta tomaron asiento en la tribuna que les estaba reservada á la derecha del solio.

Pronunciado por S. M. el discurso de costumbre, salió del salon á los gritos de VIVA LA REINA! y regresó al Palacio en el mismo órden, desfilando en seguida las tropas que habian cubierto la carrera y los puntos de las inmediaciones.

Al dia siguiente, que era el anunciado para el viaje de S. M., formó tambien la guarnicion á la una en punto de la tarde; pero las augustas viajeras no abandonaron hasta las tres el Palacio. El dia estaba sereno; las calles por donde debia pasar la régia comitiva llenas de concurrencia. El mismo dia durmieron las reales personas en Aranjuez, y despues de haber descansado todo el 25, volvieron á emprender su marcha con direccion á Barcelona.

Los partes que se reciben diariamente anuncian que SS. MM. y A. continúan sin novedad. Los habitantes de la Córte anhelan su pronto regreso; los tímidos, los profetas de desastres auguran mal de la ausencia de la amada reina; pero confiamos en que el el cielo, que visiblemente le ha dispensado siempre su proteccion, no permitirá se realicen tan tristes como infundadas predicciones.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Ferrer del Rio.

Impreso en las prensas mecánicas de D. J. BOIX, calle de Carretas, núm. 8.